

## **El Cardenal Albino Luciani, futuro Papa Juan Pablo I, con los agustinos del Colegio Santa Mónica de Roma<sup>1</sup>**

POR

BLAS SIERRA DE LA CALLE, OSA

En estas páginas se transcribe la experiencia personal que el autor vivió –en el Colegio Internacional de Santa Mónica de Roma– al lado del entonces Cardenal Luciani, a la vigilia del cónclave donde sería elegido como papa Juan Pablo I, en agosto de 1978. A través de varios hechos y anécdotas, se destacan algunos rasgos de la personalidad del Cardenal: santidad de vida, humildad y sencillez, amor y afabilidad, hombre de oración, sentido del humor, espíritu de sacrificio, aceptación de la voluntad de Dios... En un apéndice se añaden tres documentos: Carta del autor a sus padres a raíz de la elección del cardenal Luciani como papa Juan Pablo I; Carta del autor a Juan Pablo I; Artículo del autor aparecido en el periódico vaticano *L'Osservatore Romano* tras la muerte de Juan Pablo I.

In those pages you can find the personal experience of the author at the International College of Santa Monica, in Rome, in august 1978, living together with Cardinal Luciani, at the eve of the conclave where the Cardinal was elected as Pope John Paul I. Through the different accounts appears the personality of the Cardinal: sanctity of life, humility and simplicity, love and kindness, man of prayer, sense of humour, spirit of sacrifice, acceptance of the will of God... In

---

<sup>1</sup> Este argumento ha sido expuesto en una conferencia pronunciada en el Aula Magna del Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid con motivo de la conmemoración del Centenario del nacimiento de Juan Pablo I, el día 5 de noviembre de 2012, bajo el título: “*Recuerdos del papa Luciani*”. Algunas de las historias que aquí se narran han sido incluidas en la biografía italiana del papa Juan Pablo I: MARSURA, Ivan, *Giovanni Paolo I. Il sorriso dell'umile. Il Pontificato, i discorsi, gli scritti e i ricordi di chi gli è stato accanto*, Dario de Bastiani Edizione, Treviso 2012. También algunas de las anécdotas han sido transcritas en dos artículos publicados en las revistas *Ecclesia* y *Vida Nueva*: SIERRA DE LA CALLE, Blas, *Juan Pablo I, una luz en la noche*, en *Ecclesia* n. 3644 (2012) 6-7; ID., *Albino Luciani. El Papa de la sonrisa y la humildad*, en *Vida Nueva* n. 2819 (2012) 42-43.

the annex are publish 3 documents that the author wrote after the election of cardinal Luciani as Pope John Paul I: a personal letter to his family, another letter to the Pope John Paul I, and, finally, an article that was published in the Vatican newspaper *L'Osservatore Romano* after the death of the Pope.

El pasado día 17 de octubre de 2012 se cumplieron cien años del nacimiento de Albino Luciani (1912-1978) Juan Pablo I, el “*Papa de la sonrisa*”, que nos mostró el rostro sonriente de Dios. “*Albino*” (Blanco) era su nombre de pila y “*Luciani*” (que nos habla de luz) su apellido. Un nombre y un destino: ser Blanca Luz.

Su pontificado meteórico y su muerte prematura el 28 de septiembre de 1978, han hecho que la atención se haya desviado hacia estos últimos acontecimientos, intentando encontrar una explicación a un final tan inesperado.

Como consecuencia, su personalidad y sus enseñanzas han sido eclipsadas y poco conocidas. Personalmente, creo que es una figura que merece la pena poner de relieve y dar a conocer, pues de su vida y sus enseñanzas podemos aprender mucho.

Yo tuve la suerte –o mejor la gracia, pues considero que fue un don de Dios–, de vivir codo a codo con él, primero un mes, durante el Sínodo de los Obispos de 1977 y, posteriormente, otros 15 días antes del cónclave en el que saldría elegido como el sucesor de Pablo VI, tomando el nombre novedoso de Juan Pablo I. Durante todo ese tiempo él vivía con nosotros –en la comunidad de agustinos del Colegio Internacional de Santa Mónica de Roma–, como un miembro más.

Desde entonces han pasado ya muchos años, pero ciertos recuerdos continúan todavía muy vivos en mi mente y otros han sido reconstruidos leyendo lo que a raíz de esa experiencia escribí, y que todavía hoy conservo. Sirviéndome de todo ello trato de transcribir los datos esenciales de esa experiencia tan singular.

## **1. En el Sínodo de 1977**

En el año 1977 –entre el 30 de septiembre y el 25 de octubre–, se celebró en el Vaticano la IV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, centrada sobre el tema de la Catequesis en nuestro tiempo. El cardenal Albino Luciani fue uno de los miembros de esta Asamblea.

En aquella ocasión eligió quedarse a vivir con los Padres Agustinos, junto a San Pedro, en el Colegio Internacional de Santa Mónica, en Vía Sto. Uffizio 25 (ahora Vía Paolo VI, 25), frente al columnato del Bernini de Plaza San Pedro. Allí, con toda sencillez, vivía como un miembro más de la comunidad y cada día iba a pie a las reuniones del Sínodo de los Obispos.

Yo me encontraba en Roma como uno de los miembros del Colegio de Santa Mónica. Por entonces enseñaba Teología y era también el responsable o “Maestro” de los jóvenes profesos agustinos, estudiantes de teología, formando equipo con el Prior de la casa el P. Domenico Bonassi.

La personalidad del cardenal Albino Luciani me llamó la atención desde el principio. Era un hombre que transparentaba la presencia de Dios. Todo en él –el sonreír, el hablar, su comportamiento humilde y sencillo–, hablaba de Dios.

## 2. Charla a los estudiantes

Como “Maestro” yo entonces estaba encargado de la formación de los seminaristas. De vez en cuando se organizaban conferencias para los estudiantes, sobre diversos temas. Unas veces las dábamos los formadores y otras invitábamos a otras personas a impartirlas. Por allí pasaron, entre otros, el biblista Rudolf Schnakenburg y el teólogo Karl Rahner. Yo pedí al cardenal Luciani que dedicase una tarde a los seminaristas para hablarles de su “*Experiencia de Dios*”.

Él, amablemente, aceptó la propuesta y una de las tardes nos habló –con el lenguaje claro y convincente, como él sabía hacer–, de su experiencia de Dios, de cómo Dios había ido guiando su vida, primero en familia, después su vocación, los años de seminario, las experiencias de joven sacerdote, profesor de teología, obispo, etc.

De su infancia nos habló de cómo él tuvo una salud frágil, desde que nació. De hecho recibió el “*bautismo de socorro*” de manos de su tía, que asistió a su madre en el parto. Todos creyeron que se moría. No ocultó sus orígenes en una familia cristiana y pobre. Su padre –siendo él niño–, pasó gran parte del tiempo fuera de casa. Tuvo que emigrar, durante 26 años, para ganarse el sustento de la familia a Francia, Suiza, Alemania y Argentina. En estos años el amor más tangible para él, estaba representado en su madre, que fue también quien le enseñó a rezar. De ahí que su experiencia de Dios tuviese una profunda dimensión femenina: Dios es Madre y su amor es “*Amor de Madre*” Es un amor que se da y se entrega sin medida. Pero, al mismo tiempo, es una constante llamada a vivir la vida en el amor al prójimo.

Cuando sintió la vocación, antes de ir al seminario, tuvo que esperar la carta de su padre ausente, Giovanni, dando la aprobación y afirmando que “*harían los sacrificios que fueran necesarios*” para que el pequeño Albino cumpliera su sueño de ser sacerdote.

Tras los años de seminario fue a estudiar Teología Dogmática a la Universidad Gregoriana de Roma. Después, durante 20 años, estuvo como profesor y Vicerrector en el Seminario de Belluno. Él proponía a los seminaristas –y a nos-

otros en esa charla–, que explicasen los dogmas con palabras sencillas, y que sus homilías debían entenderlas hasta las viejecitas ignorantes del pueblo<sup>2</sup>.

En esta charla insistió mucho sobre la importancia de la oración. Tomando pie del pensamiento de S. Agustín: “*Para ser oradores es necesario ser antes orantes*”, el Patriarca Luciani nos decía que “*Para hablar de Dios era necesario antes hablar con Dios*”.

De esos “*Diálogos con Dios*” derivaban sus “*diálogos con la gente*”. Siendo cardenal, patriarca de Venecia comenzó a escribir cartas a “*Ilustrísimos Señores*”<sup>3</sup>. Este era uno de sus modos preferidos de hablar de Dios a sus fieles: el género epistolar. Como “*cartero de Dios*” transmitía la Buena Noticia del Evangelio de un modo comprensible y cercano, accesible a todo el mundo.

Connatural con su persona era la humildad y de ella nos habló también. Nos contó cómo la vigilia de su consagración episcopal, en un encuentro que tuvo con Juan XXIII, el Papa se sentó a su lado y le dijo:

– “*Sé que tú eres profesor y a veces los profesores tienden a enorgullecerse*”.

Y golpeando la mano sobre la pierna –precisamente así subrayaba el Cardenal, golpeándose él también–, dijo:

– “*Humildad, Humildad*”.

Con la simplicidad que caracterizaba al Papa Juan XXIII, continuó narrando el Patriarca, sacó del bolsillo el libro “*La Imitación de Cristo*” y me leyó las cuatro reglas para adquirir la paz:

– “*Obra con el fin de que su voluntad se cumpla en ti como tuya; Escoge tener menos que más; Busca siempre los lugares inferiores y las cosas pequeñas; Escoge para que ahora y siempre la voluntad de Dios se cumpla en ti totalmente*” (III, 23). Estas palabras, según nosotros mismos veíamos, él las hacía realidad en la vida de cada día.

Este encuentro confirmó en mí la convicción que el cardenal Albino Luciani era verdaderamente un “*hombre de Dios*”.

---

<sup>2</sup> En cuanto profesor de Teología dogmática él era consciente de la misión de transmitir las principales verdades de la fe cristiana. Pero, en cuanto catequista insistía que esta transmisión debía hacerse en un lenguaje sencillo que entendiese todo el mundo. Por eso escribió dos libros sobre el tema: “*Catequesis en migajas*” y “*Nuevas Migajas de catequética*”. Como el mismo título indica claramente se trata de desmenuzar las verdades de fe para hacerlas asequibles a los más sencillos.

<sup>3</sup> LUCIANI, Albino, *Illustrissimi. Lettere del Patriarca*, Edizioni Messaggero, Padova 1976. Tuvo un éxito extraordinario con múltiples ediciones en muchos idiomas. En ella se encuentran cartas a personajes históricos o literarios –de Jesús a Pinocho, de Penélope a Manzoni, de Dickens al Oso de San Romedio, de Teresa de Jesús a Guillermo Marconi– que nos muestran, por un lado, la vasta cultura del Papa Luciani y, por otro, muchas de sus ideas más queridas.

### 3. Felicitación navideña

En ese año, al llegar la Navidad nos intercambiamos la felicitación de las fiestas.

El Cardenal Luciani envió una felicitación a la comunidad de Santa Mónica y otra a los estudiantes. Fue un gesto que todos agradecemos mucho.

Yo todavía conservo la que mandó a los seminaristas. En ella se reproduce el detalle de una pintura del artista Cima da Conegliano sobre la Natividad. En primer plano aparece la Virgen arrodillada con las manos juntas. Está vestida con una túnica roja, un manto azul y amarillo y lleva la cabeza cubierta con un paño blanco. Absorta en meditación, contempla al Niño Jesús que está dormido sobre una cuna de mimbre colocada delante de ella. Por detrás se encuentran el buey y la mula.

En la página interior lleva el encabezamiento: “*El Card. Albino Luciani, Patriarca de Venecia*”. Debajo, en letras mayúsculas impresas se encuentra un texto en latín tomado de la liturgia de Navidad donde se lee: “*Domine Jesu, qui, mundum ingrediens, humanam infirmitatem assumpsisti, sis caecis lumen, debilibus fortitudo, miseris consolatio*” [Señor Jesús, que al entrar en este mundo has asumido la fragilidad humana, sé luz para los ciegos, fortaleza de los débiles y consolación de los miserables].

Debajo se encuentra la firma autógrafa del patriarca, formada por una cruz unida a una C. [Cardenal] y su apellido “*Luciani*”.

Es una oración hermosa con un gran mensaje. No se puede decir más con tan pocas palabras. Es lo esencial de la Navidad, el Dios que se hace hombre, y que es para todos nosotros fuente de luz, fuerza y consolación.

### 4. Llegada a Roma para el Cónclave

Tras la muerte del Papa Pablo VI, el 6 de agosto de 1978, días después, el 10 de agosto, el cardenal Albino Luciani emprendió desde Venecia, el viaje hacia Roma. Le acompañaba su secretario y conductor, el sacerdote D. Diego Lorenzi. Cuando ambos llegaron al Colegio Internacional de Santa Mónica, de los PP. Agustinos, me encontraba yo haciendo de portero. A mí me tocó darles la bienvenida.

Fueron alojados en el segundo piso. El Cardenal vivía en la habitación 226, la misma que había utilizado durante el Sínodo de la Catequesis de 1977. Su secretario estaba en la anterior, la nº 225. Y, a continuación, en la habitación nº 224, vivía yo.

En aquellos días la comunidad de Santa Mónica –así como aquella de la Curia General Agustiniana–, estaba muy reducida. Durante el año escolástico,

normalmente, en Santa Mónica vivíamos unos sesenta religiosos, entre profesores, sacerdotes estudiantes y seminaristas. Por su parte, la comunidad de la Curia General –P. General, Secretario, Consejeros, Archivero, Postulador, etc.–, eran una veintena.

Pero, en aquellos días tórridos de agosto, estábamos siete personas en total, entre las dos comunidades. De la comunidad de la Curia quedaban en Roma: los PP. Gioele Schiavella, Vicario General, Egidio Galea, Postulador, y Fr. Clemente Lázaro. Por parte de la Comunidad de Santa Mónica éramos: los PP. Próspero Grech, Viceprior, James Beinlich, el Hno. Franceschino y quien esto escribe. Con el Cardenal Luciani y su secretario D. Diego subimos a nueve. Después, con la llegada del Cardenal James Freeman, Arzobispo de Sidney, en Australia –quien llegó también para asistir al cónclave–, llegamos hasta diez. Éramos como una pequeña grande familia.

## 5. Humildad en la mesa

En la comunidad de Santa Mónica, por la mañana, para desayunar se usa el método del “*self service*” o autoservicio. Cada uno toma su plato, la taza, la leche, el café, la mermelada, la fruta... en fin, aquello que quiere comer, y después se sienta.

Recuerdo que intenté convencer al Cardenal Luciani para que se sentase a la mesa y se dejase servir, pero no lo consintió. En su humildad, él no quería absolutamente ningún trato especial distintivo hacia su persona. Prefería sentirse en casa como “*uno más de la familia*”.

En la comida de mediodía ocupábamos una única mesa de diez puestos, que estaba colocada al centro del refectorio. Yo era el más joven de la comunidad y era el encargado de ir a la cocina a recoger la comida y traerla a la mesa y servirla. Después me sentaba a comer también yo.

Generalmente yo ocupaba el último lugar, en la esquina de la mesa. A mi derecha se sentaba el Cardenal Luciani. Frente a mí, en la otra esquina estaba el P. James Beinlich, un agustino de los Estados Unidos, y a su izquierda el Cardenal James Freeman. Los dos cardenales estaban colocados uno frente al otro. A veces se decían alguna palabra en latín; otras se esforzaban en hablar un poco de inglés, o un poco de italiano. En algunas ocasiones el P. Beinlich o yo hacíamos de traductores.

Cuando empezábamos a servir la comida, yo le decía:

– “*Eminencia; ¿qué desea?, ¿sopa o espaguetti?*”. Y él escogía.

Alguna vez resultaba que, por descuido, la sopa se había quedado en la cocina. Cuando veía que yo me marchaba de prisa, decía:

– “¡No, no! Por favor, no se moleste ¡Que como esto!”.

Él no quería molestar a nadie y no deseaba que le hiciesen nada especial. Comía a la mesa con nosotros sin pretender ningún tratamiento distintivo.

En una ocasión recuerdo que –después de haber servido ya el primer plato–, me senté a la mesa al lado del Cardenal Luciani. Poco después noté que él se levantaba. Yo no sabía el motivo. Le faltaba la cuchara y fue a buscarla él solo. Cuando regresó le dije:

– “Eminencia, perdone, pero ¿por qué no me lo ha pedido a mí?”

– “No se preocupe –me respondió–. No quiero molestar”.

Este gesto, por un lado, habla de su delicadeza y humildad. Él no quería molestar, no quería ocasionar la mínima molestia. Y no quería ser servido. Pero, por otra parte, pienso que habla también del hecho que él se sentía a gusto “como en su casa”. Si no hubiese existido esta confianza, él nunca se habría levantado por una cuchara.

## 6. Fr. Clemente, el chófer del Cardenal

Normalmente, todas las mañanas el Cardenal Luciani era llevado al Vaticano para participar en las Congregaciones Generales por su secretario Don Diego Lorenzi. En este coche iba también el Cardenal James Freeman de Australia, que residía también entre nosotros, en la Curia General de los Agustinos. Pero el coche del Patriarca se estropeó. Fue necesario llevarlo a arreglar.

Ante esta situación, los agustinos pusieron a disposición del Cardenal Luciani el coche del P. General de la Orden y a Fr. Clemente su conductor. Fr. Clemente Lázaro era un hermano agustino que ha vivido en Roma 50 años en el Colegio de Santa Mónica y en la Curia General. Era uno de los miembros de la comunidad agustiniana en esos días de agosto. Cada mañana, el bueno de Fr. Clemente llevaba a los dos cardenales al Vaticano y volvía a recogerles hacia la una, para que viniesen a comer.

El Cardenal Luciani, hablando con Fr. Clemente, le comentaba que normalmente él prefería hacer ese recorrido a pie –como así lo había hecho el año anterior, durante las sesiones del Sínodo–, pero que en aquellos días antes del cónclave, los cardenales eran “asaltados” por los fotógrafos y los periodistas. Pero el Patriarca Luciani no amaba la publicidad. En su timidez y humildad no quería convertirse en alguien famoso<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Testimonio recogido en conversación con Fr. Clemente, en septiembre de 2010, cuando ya vivía en Valladolid.

## 7. *Prosit Eminenza*

En el Colegio Internacional de Santa Mónica, en el segundo piso, se encuentra el coro y la capilla privada, con muchos altares que ofrecen la posibilidad de celebrar la misa en privado, como se hacía normalmente antes del Vaticano II. Existe también la Capilla de Santa Mónica, abierta al público, que da a la Plaza del Santo Oficio.

El Cardenal Luciani, a veces, concelebraba la misa con su secretario, en una de las capillas del segundo piso. Otras veces se unía a la concelebración en la capilla pública de Santa Mónica. Recuerdo que terminada una de estas concelebraciones, una vez que llegamos a la sacristía, tras haber hecho una reverencia a la cruz, hemos pronunciado la frase ritual en este momento: *Prosit* [Que sea útil, que sirva].

El Cardenal Luciani, después de responder “*In vitam aeternam*” se ha dirigido a los presentes diciendo:

– “*Os cuento una anécdota sobre el “prosit”*”.

Su narración ha continuado de este modo:

– “*Como Cardenal de Venecia voy generalmente a visitar las diversas parroquias de la diócesis y celebro la misa para ellos. En una ocasión, terminada la celebración y, llegados a la sacristía, dos pequeños monaguillos me repetían:*

– “*¡Prosit Eminenza! ¡Prosit Eminenza!*

– “*Entonces –continuó narrando el Cardenal–, me dirigí a ellos y les pregunté: “¿Qué queréis decirme? ¿Qué significa “prosit Eminenza?”*”.

– “*Nada, Eminencia. Que se desvista*”.

En aquel momento esta respuesta ha producido una risa alegre en el Patriarca de Venecia. Narrando este episodio nos ha hecho también reír a nosotros.

## 8. Los paseos por el jardín

Una vez que regresaba de la Congregación General, por las tardes, normalmente el Cardenal Luciani se quedaba en el Colegio Santa Mónica, bien en su habitación estudiando o escribiendo, o en la capilla rezando. Le gustaba también dar algunos paseos en el jardín de los agustinos.

El complejo de los PP. Agustinos, junto a San Pedro, está formado por tres edificios: El Colegio Internacional de Santa Mónica –que mira al columnato del Bernini de Plaza San Pedro y a la Plaza del Santo. Oficio–; la Curia General, que está al lado; y la Facultad de Teología Patrística, el *Augustinianum*, que se encuentra en medio. Por detrás comienza la subida a la colina del Gianicolo. Allí, por encima del túnel de Porta Cavallegeri, existe un hermoso jardín que

se encuentra entre los edificios de los agustinos citados y el Colegio de *Propaganda Fide*. Desde allí se puede contemplar una de las vistas más hermosas del conjunto de San Pedro.

Mientras paseaba por el jardín, el Patriarca Luciani, normalmente, rezaba el breviario, o leía algún otro libro. Allí se encontraba con otros agustinos, entre ellos el anciano Hno. Francesquino y el Hno. Clemente.

El Hno. Clemente, entre otros muchos trabajos, hacía también de jardinero, cavando la tierra, segando la hierba, regando las plantas... Todos los días que se encontraban allí, el Cardenal Luciani tenía siempre un poco de tiempo para saludarlo amablemente. Algunas veces charlaban un rato. Fr. Clemente recordaba que el Cardenal Luciani le hablaba de cuando él era pequeño y hacía también este tipo de trabajos, pues él era hijo de una familia de agricultores<sup>5</sup>.

El Hno. Francesquino, era el religioso más anciano de la comunidad. Entonces tenía 91 años. Había estado durante muchos años al servicio del Cardenal Canali y desde hacía años residía en Santa Mónica. Primero trabajó como sacristán y por entonces estaba ya, obviamente, retirado. Encontrándose en el paseo con el Cardenal Luciani le comentaba:

–“*Vosotros, los Cardenales sois estos días “Estrellas” de la Iglesia, a quienes la gente pide autógrafos*”<sup>6</sup>.

El Cardenal –a quien no le gustaba nada estar en el pedestal y que hacía todo lo posible por vivir lo más lejos posible de todo lo que fuese ruido publicitario–, asentía resignado con una sonrisa.

## 9. Cardenal cortejado

Teniendo que hacer algunos turnos en la portería del Colegio Santa Mónica, durante varias horas al día, me tocaba recibir a las personas que venían y, al mismo tiempo, responder al teléfono y transferir las llamadas que llegaban a la central, al piso correspondiente.

Aunque el Cardenal Luciani intentaba por todos los medios estar “*fuera de escena*” eran bastantes las personas que tenían interés en hablar con él: obispos, cardenales, sacerdotes y también algunos superiores de importantes instituciones eclesíásticas.

---

<sup>5</sup> Testimonio recogido en conversación con Fr. Clemente, en septiembre de 2010.

<sup>6</sup> Testimonio publicado por Franca Zamboini en el semanario italiano *Familia Cristiana*, del 10 de septiembre de 1978. Recogido también en *Del Colegio de Sta. Mónica a la silla de Pedro*, en *Boletín OSA INT* (sept-oct. 1978) 115.

Una de estas últimas lo ha invitado a cenar una tarde. Vinieron a buscarlo en coche. Recuerdo que el Cardenal Luciani no tenía muchas ganas de ir. Él prefería quedarse en la comunidad de Santa Mónica tranquilo. Antes de marchar me comentó:

– *“Han insistido tanto que no he querido disgustarles”*.

Así de grande era su disponibilidad y generosidad hacia los demás, haciéndose incluso violencia a sí mismo para no contrariarles.

## **10. Visita a la Gregoriana**

Una tarde, después de comer, el Cardenal Luciani le pidió a Fr. Clemente que lo llevase a la Universidad Gregoriana. Llegados allí, Fr. Clemente quería esperarle en el aparcamiento de Plaza della Pilotta, dentro del coche. Pero el cardenal le dijo que podía ir con él. Y así lo hizo.

Fr. Clemente –cuando recogí este testimonio en 2010– ya no se acordaba con quién se había entrevistado el Cardenal Luciani. Lo más probable es que se tratase del Rector, que en aquel tiempo era el P. Carlo María Martini, más tarde también nombrado arzobispo de Milán y, posteriormente cardenal.

Pero, el hecho interesante a destacar, es que el Cardenal Luciani se fiaba de las personas y, por otra parte, era alguien que no tenía secretos. Esto lo demuestra el comportamiento que sigue. Fr. Clemente me contaba, como algo verdaderamente especial, que el Cardenal Luciani no quiso que él se quedase en la sala de espera, sino que le pidió que entrase también con él y estuviese presente en el encuentro.

## **11. Eminencia, ¡no corra!**

En aquellos años las habitaciones del Colegio Santa Mónica no tenían teléfono con línea directa hacia el exterior. El teléfono de la habitación servía sólo para recibir llamadas internas, de una a otra parte de la casa, o los avisos de la portería. Como consecuencia, cada vez que alguien llamaba desde fuera –la ciudad o el extranjero– a un religioso, éste recibía el aviso desde la central de la portería. Posteriormente, tenía que ir a hablar a un teléfono con línea externa que se encontraba en el pasillo. El del segundo piso estaba al final, en la esquina de Vía Santo Uffizio con Plaza Santo Uffizio. El Cardenal, como todo el mundo, estaba también sujeto a este sistema.

Recuerdo que, en una ocasión, al recibir una llamada telefónica, lo encontré corriendo por el pasillo. Yo le dije:

– *“Eminencia, ¡no corra! No me gustaría nada que se cayese en el pasillo y se hiciese daño”*.

El me sonrió y respondió:

– “*No. No pasa nada. Pero es que no quiero hacerles gastar demasiado dinero*”.

Esta experiencia, que se repitió en varias ocasiones, refleja su gran sensibilidad hacia los otros. Está claro que quien llamaba tenía interés en hablar con él y bien podía esperar y pagar lo que hiciese falta. Pero el Cardenal no quería hacer esperar a nadie, y no deseaba que gastasen más dinero del necesario por su culpa.

## 12. Visita a la tumba de San Pío X

El día 21 de agosto es la fiesta de San Pío X que, antes de ser nombrado Papa, fue Cardenal Patriarca de Venecia. La vigilia, el día 20 bajé a hacer mi turno de portería en el Colegio de Santa Mónica hacia las 4 de la tarde. Mientras estaba allí, hacia las 5, veo al Cardenal Luciani que regresaba a casa andando. Después de saludarlo le pregunté:

– “*¿Ha ido a dar un paseo, Eminencia?*”.

– “*No, no –me respondió–, he ido a rezar a San Pedro delante de la tumba de mi predecesor San Pío X, pues mañana es su fiesta*”.

Yo le dije:

– “*Ha sido su predecesor como Patriarca de Venecia, pero yo pienso que es también su predecesor en la Cátedra de San Pedro*”.

– “*Oh no, ¡por caridad! Es una cruz demasiado pesada para mí*”.

Yo no quise insistir más sobre el tema y él subió a su habitación pensativo.

## 13. Invitación al Cardenal Freeman

Yo, ciertamente, no era la única persona que presentía que el cardenal Luciani iba a ser el nuevo Papa. El mismo Cardenal Freeman que vivía también en Santa Mónica con nosotros tenía este presentimiento.

Durante el Sínodo de 1977 el Cardenal Luciani había invitado al Cardenal Freeman a que fuese a visitarlo a Venecia. Por diversas razones no había sido posible entonces. En esos días antes del cónclave el Patriarca Luciani renovó dicha invitación al Cardenal Freeman, diciéndole:

– “*Este año, después del cónclave, tiene que venir a Venecia a visitarme*”.

A estas palabras el cardenal Freeman respondió:

– “*Quizá suceda, Eminencia, que después del cónclave, usted no viva ya en su casa de Venecia*”.

El futuro Papa se rió y respondió con humorismo:

– “*Bueno. Venga a visitarme a casa, dondequiera que se encuentre*”<sup>7</sup>.

#### 14. Nuevo Papa sin tiara

Entre los diversos temas de diálogo mientras comíamos en el Colegio Internacional de Santa Mónica uno de ellos fue si el nuevo papa debería o no debería ser coronado con la tiara al comenzar su pontificado y usarla después en las ceremonias solemnes.

La tiara o “*triple corona*” fue introducida hacia el siglo XIII y había sido usada hasta Pablo VI, quien fue coronado en 1963<sup>8</sup>.

Yo, personalmente, la veía como un signo de ostentación y de poder, que colocaba al Papa muy alejado de la gente y me parecía estar poco en consonancia con la “*corona de espinas*” de Cristo. Consideraba que la Iglesia –empezando por el papa–, debería ofrecer signos de acercamiento a las gentes más pobres y sencillas. El dejar de usar la tiara era, precisamente, uno de ellos, que expresaba un deseo de una Iglesia cercana y servicial.

El Cardenal Luciani –que había nacido en el seno de una familia humilde y sencilla–, estaba de acuerdo con estos razonamientos. De hecho él mismo vivía y vestía con total sencillez. Obrando en coherencia con su modo de pensar y su estilo humilde de vida, no sería para nosotros ninguna sorpresa la ceremonia de su “*no coronación*”. Tras muchos siglos él era el primer “*Papa sin corona*”. Seguramente no le fue nada fácil imponer dentro del ambiente vaticano el romper con una tradición secular. Pero él lo hizo.

Al comenzar oficialmente su ministerio como Papa Juan Pablo I, el día 3 de septiembre, en la Plaza San Pedro –ante más de 200.000 personas y representantes de más de cien naciones–, no utilizó la tiara, sino una simple mitra y una pequeña estola de lana blanca “*el palio*”, modesto símbolo de su autoridad espiritual. Era, indudablemente, un signo de cambio, un nuevo modo de ser Papa más cercano a los valores del evangelio.

#### 15. Dolor de muelas

Una de las tardes de aquellos días anteriores al cónclave, el Cardenal Luciani sufrió un fuerte dolor de muelas. Encontrándonos en pleno mes de agosto

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, 112-113.

<sup>8</sup> Según la web de la Santa Sede en un principio las tres coronas representaban, respectivamente, la soberanía del papa sobre los Estados Pontificios, la supremacía del papa sobre el poder temporal y la autoridad moral del pontífice sobre toda la humanidad. Más tarde, las tres coronas pasaron a simbolizar el orden sagrado, la jurisdicción y el magisterio del Romano Pontífice.

–el *ferragosto* que dicen los romanos–, y con Roma semivacía por el calor y las vacaciones, no era fácil encontrar un dentista privado. Finalmente, después de mucho buscar, el Patriarca fue llevado a un dentista, creo que al Hospital *Fatebenefratelli* en la Isla Tiberina. Allí le extrajeron una muela.

Una vez que regresó a casa, al Colegio Santa Mónica, no quiso bajar a cenar. Yo fui a su habitación para ver si necesitaba algo. Aunque no tenía muchas ganas de comer, y tenía dolores, aceptó que le subiese algo, para no tomar las medicinas con el estómago vacío. Yo le llevé un tazón de café con leche y unas galletas. Pasé después por su habitación a preguntarle qué tal iba el dolor. Estaba mejor pero sólo había bebido el café con leche.

Al día siguiente –aún con el dolor–, se fue al Vaticano a la reunión de la Congregación General de los cardenales. Regresó para la comida y pasó el resto de la tarde en casa.

Cuando terminé mi servicio en la portería y subí a mi habitación, me lo encontré paseando por el pasillo del segundo piso donde ambos vivíamos. Es una imagen que nunca olvidaré. Llevaba en una mano un pañuelo que había puesto sobre el carrillo que le dolía. En la otra mano llevaba el rosario y estaba rezando.

Daba pena verlo y, al mismo tiempo, se sentía una gran admiración porque parecía que transparentaba un algo especial, que sólo quien está muy cerca de Dios posee...

No he querido interrumpir su oración. Él me ha sonreído. Yo le he hecho una inclinación de saludo y entré en mi habitación.

## 16. Volver a Venecia

El Cardenal Luciani se sentía muy a gusto entre sus feligreses de Venecia, una ciudad que, al no tener coches, favorece un trato más humano entre las personas. El Patriarca era un “*hombre de a pie*” a quien no le importaba pararse a charlar con las personas que encontraba por las estrechas calles venecianas, con las amas de casa que viajaban en el *vaporetto* –la embarcación que transporta a las personas a lo largo de los canales–, o entretenerse con los niños que jugaban en los *campi* (plazas venecianas). Por eso deseaba volver a Venecia, entre su gente. Son varios los datos que nos lo confirman.

Al estropearse su coche, mientras estaba en Roma, fue necesario llevarlo a los mecánicos del garaje cercano a la Puerta de Santa Ana, donde, normalmente, los agustinos llevaban a arreglar sus vehículos. El Cardenal le pidió a su secretario D. Diego, que se preocupase para que el coche estuviese listo al terminar el cónclave, para así regresar juntos a Venecia.

También –uno de los últimos días que estuvo en Santa Mónica–, hablamos de Venecia, durante la comida. El Cardenal comentaba que, a principios de septiembre había unas famosas regatas en la ciudad, y nos invitaba a que fuésemos allá con él.

Sin embargo, ya nunca regresó a Venecia, ni como Cardenal ni como Papa Juan Pablo I.

### 17. La última comida con el Cardenal Luciani

La última vez que he comido con el Cardenal Luciani fue el 25 de agosto de 1978. Las religiosas Agustinas Misioneras –que estaban encargadas por entonces de la cocina del Colegio Santa Mónica–, habían preparado una comida un poco especial para la ocasión.

Después de servir, como de costumbre, me senté en la esquina de la mesa. Al lado, a mi derecha, tenía al Cardenal Luciani. Hablando del inminente cónclave yo le comentaba al Patriarca que pensaba que no era el momento de un papa político como Pío XII o de un papa intelectual como Pablo VI, sino que era el momento de un pastor, de un “*hombre de Dios*” que ayudase a que los hombres de hoy descubriesen a Dios. Y concluyendo le dije:

– “*Pienso que Usted es este hombre de Dios que la Iglesia necesita*”.

El Cardenal me respondió:

– “*No. De esta pasta no se hacen los “gnochi” [tipo de pasta que se hace con harina y patatas]. Y añadió:*

– “*Pero incluso si fuese elegido podría renunciar*”.

Yo, por mi parte, insistí:

– “*Pero si es elegido, quiere decir que es la voluntad de Dios*”.

El Patriarca concluyó:

– “*Veremos... Haré lo que pueda. Como dice el Evangelio: “Somos siervos inútiles”*”.

La comida se concluyó con unas breves palabras del P. Próspero Grech –por entonces Viceprior de Santa Mónica y actualmente también él Cardenal– quien, en nombre de todos le dijo, entre otras cosas:

– “*Eminencia: Decirle ¡hasta la vista! sería indiscreto; más aún sería sin embargo no decírselo; de todos modos, simplemente le decimos: ¡Que el Señor le bendiga!*”<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Esta experiencia se la conté a la periodista Franca Zamboini, quien la publicó en el semanario italiano *Familia Cristiana* (10.9.1978). Fue recogida también en: *Del Colegio de Sta. Mónica a la silla de Pedro*, 114-115.

A media tarde del 25 de agosto vi al Cardenal Luciani salir del Colegio Internacional de Santa Mónica, vestido con el color púrpura como cardenal, para asistir al cónclave. Al día siguiente –después de la humareda blanca– lo he vuelto a ver –esta vez vestido de blanco–, apareciendo en el balcón central de la Basílica de San Pedro. Se había convertido ya en el Papa Juan Pablo I.

## 18. Nuestro Papa

El día 26 de agosto, sábado, en el Colegio de Santa Mónica estábamos todos un poco sobre ascuas, a la espera del resultado del cónclave. A mediodía fuimos varios los que salimos a la Plaza San Pedro para ver qué humo salía de la chimenea de la Capilla Sixtina. Pero nada. Humo negro.

Por la tarde, hacia las seis, volvimos de nuevo a la Plaza San Pedro que poco a poco se fue llenando de gente. Para ver mejor, yo me subí a una de las fuentes, la más cercana al Colegio Santa Mónica. Después de más de media hora de incertidumbre sobre si el humo era blanco o era negro, finalmente se aclaró que era blanco.

Poco después se abrió el balcón principal de la Basílica de San Pedro. Apareció el Cardenal Felici y anunció al mundo la gran noticia: “*Tenemos Papa. Albino Luciani*”.

Al oír estas palabras yo me puse a saltar y gritar de alegría. Me bajé de la fuente y comencé a abrazar a los agustinos de casa y a las agustinas misioneras repitiendo entusiasmado:

- “*Es el nuestro*”. “*Es el nuestro*”.

Después de haber pasado con nosotros un mes el año anterior (1977) y ese año –desde la muerte de Pablo VI hasta el día que entró en el cónclave–, considerábamos al Cardenal Luciani como uno de la familia.

Luego, más tarde, aparecería él, el nuevo Papa Juan Pablo I, ya vestido de blanco, con la sonrisa en los labios. La emoción de esos momentos es indescriptible. Hay cosas que hay que vivirlas y que quizás no se puedan contar, porque las palabras son demasiado pobres para expresar lo que se siente en esos momentos.

¡Sí!, nuestro querido Cardenal Albino Luciani se había convertido verdaderamente en Papa, una Luz resplandeciente para el mundo. La elección había sido buena. Habían escogido un santo, un gran santo.

## 19. El primer rezo del *Angelus*

Ese domingo 27 de agosto, como todos los domingos cuando estaba en Roma, me fui a la parroquia de San Hipólito –entre Plaza Bologna y el Campo Verano–, donde desde 1974 colaboraba en el trabajo pastoral, celebrando la

eucaristía y confesando. En mi homilía les hablé a los fieles de mi experiencia con el Papa Luciani. Sin esperar a comer con la comunidad de Capuchinos del Piamonte, que regentaban la parroquia, en el autobús 62 regresé a Santa Mónica poco antes de las 12.

La Plaza San Pedro estaba llena a rebosar. Todos esperábamos unas palabras del Papa en el rezo del *Angelus*. Para ver mejor al papa me subí, junto con otros compañeros, a la terraza del Colegio Santa Mónica en la esquina que da a la Plaza San Pedro y a la Plaza del Santo Oficio. Desde allí se tiene una buena vista de la fachada de la Basílica de San Pedro, y del balcón por donde aparecería poco después el nuevo papa Juan Pablo I.

Sería recibido con un aplauso multitudinario de toda la gente que llenaba la Plaza de San Pedro. Era algo extraordinario. Habló con espontaneidad, sin papeles, con palabras que le salían del corazón. Ya son conocidas sus expresiones familiares:

– *“Ayer por la mañana he ido a la Capilla Sixtina a votar tranquilamente. Jamás me habría imaginado lo que iba a suceder. En cuanto comenzó el peligro para mí, los dos colegas que estaban a mi lado me han susurrado palabras de ánimo. Uno me dijo: ‘Animo. Si el Señor da el peso, da también la ayuda para llevarlo’. Y el otro: ‘No tenga miedo, hay tanta gente que reza por el nuevo Papa en todo el mundo’. Llegado el momento he aceptado”*<sup>10</sup>.

Todos los presentes –y los millones que lo veían por televisión–, pudieron admirar sus gestos de amabilidad y apertura, su sonrisa contagiosa, su bondad transparente. Palabras sencillas, palabras humanas, palabras que todo el mundo entiende y que la gente ha aplaudido grandemente.

## 20. ¡Santidad!, How are you?

Ese mismo domingo –día siguiente del cónclave, en el que fue elegido Papa el Cardenal Albino Luciani–, antes del *Angelus*, los cardenales concelebraron con el nuevo Papa la eucaristía en la Capilla Sixtina. Posteriormente, cada uno regresó a su residencia habitual en Roma. A nuestro Colegio Internacional de Santa Mónica volvió de nuevo el Cardenal Freeman de Australia.

Durante la comida, el Cardenal Freeman nos contó el encuentro con su amigo Luciani, recién elegido Papa.

Tras la elección, y después de que le revistieran con la vestimenta papal blanca, todos los cardenales fueron pasando delante del Papa Juan Pablo I, para saludarle y, al mismo tiempo, rendirle obediencia.

<sup>10</sup> Este texto ha sido tomado de la obra: NICOLINI, Giulio, *Papa Luciani*, Editrice Velar, Gorle, Bergamo 1995, 72.

Al llegar el turno del cardenal Freeman, el Papa Luciani se dirigió a él y le dijo:

– *I don't speak English. I know only to say: How are you?* [Yo no hablo inglés. Sólo se decir: ¿Cómo está usted?]

A lo que el cardenal australiano respondió:

– “*Very well*” [Muy bien].

Posteriormente, el Cardenal Freeman preguntó, a su vez al nuevo Papa:

– *¡Santità! And How are you?* [Santidad y usted, ¿cómo está?]

El nuevo Papa con una sonrisa resignada respondió:

– “*Not very well*” [No muy bien].

Esta respuesta nos indica cómo él no tenía ninguna ambición por el cargo y que, si lo aceptó, fue porque consideró que –aunque para él era una pesada cruz–, en esa elección se manifestaba la voluntad de Dios.

## 21. La entrega de las cosas personales

El Cardenal Luciani –con la esperanza de regresar a casa–, no había llevado al cónclave todas sus pertenencias, sino solamente algunas cosas más necesarias.

Una vez que fue elegido Papa Juan Pablo I, sería el Hno. Fr. Clemente Lázaro quien le llevó todo lo que había dejado en el Colegio Internacional de Santa Mónica.

Fr. Clemente recordaba que la guardia suiza le permitió subir hasta los apartamentos pontificios. Allí él entregó el equipaje a uno de ellos para que se los hiciesen llegar al Papa. Fr. Clemente no escondía que le hubiera gustado volver a ver al Cardenal Luciani, entonces ya papa Juan Pablo I, pero comprendió que, en esos momentos el Santo Padre estaba ya demasiado ocupado<sup>11</sup>.

## 22. Felicitación de la fiesta de San Agustín

Durante el primer día de su residencia en los Apartamentos Pontificios, el día 28 de agosto, Fiesta de Nuestro Padre San Agustín, el Papa Juan Pablo I escribió con su puño y letra dos breves cartas. Una iba dirigida al P. Gioele Schiavella –como Vicario del P. General, en ausencia del P. Tack–, y a todos los agustinos. La otra era para el P. Prospero Grech que, en ausencia del prior, P. Domenico Bonassi, presidía la comunidad de los agustinos de Santa Mónica y

<sup>11</sup> Testimonio recogido en conversación con Fr. Clemente, en septiembre de 2010.

las hermanas agustinas. Por la tarde encomendó a su secretario D. Diego Lorenzi que las llevase a Santa Mónica. Nos encontrábamos aún cenando cuando llegó D. Diego con las dos cartas.

La primera dice así<sup>12</sup>:

*(P. Giole Schiavella)*

*Roma, 28. 8. 78*

*Querido Padre Vicario General,*

*En la fiesta de S. Agustín es un deber preciso dar las gracias a los PP. Agustinos por la cortés y religiosa hospitalidad ofrecida a quien –sin saberlo ni tampoco sospecharlo– se encaminaba hacia un puesto de terrible responsabilidad.*

*Dé las gracias, en mi nombre, al P. General y encomiéndeme a las oraciones de sus Hermanos, a quienes bendigo muy de corazón.*

*Jo. Paulus PP. I*

El texto de la segunda es el siguiente:

*(P. Prospero Grech)*

*Roma, 28. 8. 78*

*Querido Padre:*

*Gracias por su felicitación, por las oraciones y por las bondadosas expresiones para con el nuevo y pobre Papa. Agradecidísimo por todas las atenciones que han tenido conmigo en estos días, le bendigo de todo corazón, junto con sus Hermanos (¡incluido Franceschino!) y las buenas Hermanas.*

*Jo. Paulus PP. I*

Estas dos breves cartas son un testimonio más de la gran sensibilidad humana del nuevo Papa. No habían pasado todavía 48 horas desde su elección como Sumo Pontífice. Habría miles de asuntos “importantes” de qué ocuparse. Pero él ponía primero a las personas. Se acordó que los religiosos agustinos que vivían al otro lado de la Plaza San Pedro –con quienes había convivido los días que precedieron a su elección– celebraban la fiesta de su patrón, San Agustín. Allí les envió su bendición y les dirigió estos mensajes de felicitación y agradecimiento, sin olvidar a nadie.

Resalta también que Juan Pablo I es bien consciente de la “terrible responsabilidad” que supone el haber sido elegido para guiar a la Iglesia en esos años finales del siglo XX. Considera que con las solas fuerzas humanas será imposible cumplir su misión. De ahí que pida que se ore por él.

<sup>12</sup> Texto aparecido en *Del Colegio de Sta. Mónica a la silla de Pedro*, 111.

### 23. Una luz en la noche

Durante la noche entre el 28 y el 29 de septiembre de 1978, el Papa Juan Pablo I, inesperadamente, falleció, después de 33 días de pontificado. Fue una auténtica sorpresa para todo el mundo. Como dicen en Italia “*un fulmine a ciel sereno*”, como un rayo en medio de un cielo despejado. Algo inexplicable, que sólo puede ser visto y aceptado correctamente a la luz de los misteriosos diseños de Dios.

Al comenzar el día un compañero me comunicó la noticia:

– “*¿Sabes?, ha muerto el Papa*”.

Yo, la mar de tranquilo –pensando que se refería a Pablo VI–, le respondí:

– “*Sí, sí, hace ya más de un mes*”.

Él me replicó:

– “*No se trata de Pablo VI, sino del Papa Luciani*”.

La noticia, en un primer momento, me dejó paralizado e incrédulo. Me negaba a aceptarlo. Era imposible. No podía ser verdad. Después, como queriendo constatarlo personalmente, salí de prisa hacia la Plaza San Pedro. Allí me puse a mirar a los apartamentos del papa que dan a la plaza. Las ventanas estaban iluminadas. En los apartamentos pontificios las luces habían quedado encendidas toda la noche. Me pareció que era un símbolo de lo que había sido su persona y su vida. Albino Luciani, quería seguir siendo una “*Blanca Luz*” para el mundo.

### 24. La última lección

Durante la mañana del día 29 el cadáver del Papa Luciani fue colocado en la Capilla Clementina, dentro de los Palacios Vaticanos, hacia donde comenzaron a peregrinar obispos, monseñores y personalidades ilustres para rendirle un último homenaje.

Al día siguiente, por la tarde, se realizó el traslado del cuerpo muerto del Papa Juan Pablo I, desde los Palacios Vaticanos hasta la Basílica de San Pedro. La plaza estaba llena a rebosar. Allí en medio de la multitud, en la escalera que da acceso a la Basílica, me encontraba yo también pensativo y con el corazón encogido. Veía cómo la procesión fúnebre salía de la Puerta de Bronce y, atravesando la plaza, se dirigía hacia la Basílica.

Yo me encontraba muy cerca del pasillo por donde debía pasar el cortejo. A mi lado estaba una joven madre con dos niños. Al más pequeño lo tenía en brazos pero el otro, de unos cinco años, estaba en el suelo. Obviamente, también él quería ver lo que pasaba. Una y otra vez le gritaba a su madre:

– “*¡Mamá, mamá! ¡Quiero ver al Papa. Súbeme también a mí!*”.

Ante la imposibilidad de la madre de poder contentar los deseos del hijo me ofrecí para ayudarla. Tomé al niño y lo subí sobre mis hombros. Lo agarré fuertemente por los pies y él, feliz, desde este trampolín pudo contemplar, por encima de mi cabeza, el solemne cortejo fúnebre con el Papa “dormido”, que, rodeado de cantos e incienso, pasó delante de nosotros.

Yo –entonces y muchas otras veces después–, he pensado y repensado en esta escena en relación con el episodio de Zaqueo que “*trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura*”. Encontró la solución subiéndose a un sicómoro [Lc. 19, 3- 4]. Yo me he preguntado:

– “*¿Cuál es mi misión?*”.

Y también me he dado una respuesta:

– “*Sencillamente, haz también tú de sicómoro en la vida*”.

Esta fue la última lección que aprendí –mientras aún estaba entre nosotros–, de mi amigo el Papa Luciani, el hombre que transparentaba a Dios.

## Apéndices

### 1. CARTA A MI FAMILIA A RAÍZ DE LA ELECCIÓN DE JUAN PABLO I<sup>13</sup>

Roma 27 de agosto de 1978

Gregorio Sierra  
Riaño

Muy queridos todos:

Es domingo, uno de los domingos más grandes y hermosos que Roma haya visto en los últimos años. Hace un rato acabo de despedir al secretario del hasta ayer Cardenal Luciani, Patriarca de Venecia, y él hoy ya Papa Juan Pablo I. Así termina la estancia entre nosotros del nuevo Papa.

Estos días han sido para mí de los días más felices de mi vida, sobre todo ayer cuando –de pie sobre una de las fuentes de la Plaza San Pedro–, después de más de media hora de incerteza<sup>14</sup> [incertidumbre] sobre si el humo era blanco o negro, finalmente se ha aclarado que era blanco. Poco después se abrió el balcón principal de la basílica y el Cardenal Felici anunció a todo el mundo la gran noticia: “*Tenemos Papa. Albino Luciani*”. Yo saltaba y gritaba de alegría saludando y abrazando a todos los compañeros de la casa diciendo: “*Es el nuestro. Es el nuestro*”.

Después de haber pasado con nosotros un mes el año pasado y este año desde la muerte de Pablo VI hasta el día que entró en el Cónclave, nos hacían considerar al Cardenal Luciani como uno de la familia. Luego, más tarde, aparecería éste vestido de Papa con una sonrisa sobre los labios. Como siempre está con los brazos abiertos, alegre y sereno el nuevo Papa Juan Pablo Primero.

Hay cosas que hay que vivirlas y que quizá no se puedan contar, porque las palabras son demasiado pobres para decir todo lo que yo quisiera decir sobre este día y sobre todos los días que precedieron al cónclave y en los cuales estuve en contacto con el secretario del cardenal Luciani, con quien celebraba misa todos los días y con el mismo Patriarca.

El Patriarca ha vivido el año pasado y estos quince días en una habitación un poco más allá de la mía, en este segundo piso. Todos los días lo encontraba paseando por el pasillo rezando el breviario o el rosario. Se entretenía a charlar un rato. Me preguntaba por los estudios, por los estudiantes, a quienes recordaba del año pasado. Cuando le llegaba una llamada telefónica él se ponía a

---

<sup>13</sup> Esta carta personal fue escrita al día siguiente de la elección de Juan Pablo I como Papa, con el deseo de compartir con mi familia esta experiencia única.

<sup>14</sup> Es uno de los varios italianismos que aparecen en la carta y que dejo como entonces lo escribí, poniendo entre paréntesis, a continuación, la palabra castellana correcta.

correr por el pasillo para coger el teléfono, para no hacer esperar a quien le llamaba. Yo le decía: “*Eminencia, no corra*”. *No me gustaría nada que se cayese en el pasillo y se hiciese daño*”. Él me sonreía y decía: “*No. No pasa nada. Pero es que no quiero hacerles gastar demasiado dinero*”.

Luego nos veíamos al bajar a comer. Uno de los últimos días yo le dije: “*Creo que la Iglesia hoy no necesita un político o un diplomático o políglota, sino que necesita un santo y usted lo es, o sea que será el próximo Papa*”. Él con una humildad extraordinaria rechazaba siempre tal idea y decía que no se hacen de esta madera y es una cruz demasiado pesada para mí.

Otro día salió la conversación también en el comedor y él de nuevo lo rechazaba diciendo que no era para él, a lo cual yo insistía y él respondía: “*En caso de que me eligiesen yo puedo siempre renunciar*”. Yo insistía: “*Pero si le eligen quiere decir que el Espíritu Santo ha obrado por medio de los cardenales, que es voluntad de Dios y, por lo tanto, tiene que aceptar*.” Hablamos también de la incoronación [coronación]. Le decíamos que el nuevo Papa ya no tenía que usar eso de la tiara, que había que buscar una forma nueva, y tantas y tantas otras cosas.

Yo, como suelo hacer la mayor parte del año, me encargaba de servir. Una vez que estaban servidos todos me sentaba a comer. A mi derecha tenía al cardenal Luciani, hoy Papa Juan Pablo I, y de frente al cardenal de Sydney, Australia, llamado Freemann [James Freeman]. El australiano no sabe nada de italiano y el actual Papa lee el inglés y lo entiende, pero no lo habla. De ahí que, a veces, me preguntase cómo se dice una palabra en inglés para decirle una frase [a Freeman] u otras hiciese un poco de intérprete.

Es de una bondad desbordante, de una humildad grandiosa y de una paz contagiosa que, desde que se le conoce, hace sentirse a uno como que se está delante de alguien muy cercano a Dios, alguien de una gran interioridad, que tiene una profunda experiencia de Dios.

Yo de esto estaba ya convencido el año pasado y así se lo dije: “*Usted es un hombre de Dios*”. Y luego le pedía el favor de que hablase a los estudiantes agustinos precisamente sobre su experiencia de Dios. Nos habló de su vida, de sus estudios, de cómo Dios fue actuando en su vida como sacerdote, como obispo, como patriarca de Venecia. Luego nos invitaba a que cuando fuésemos a Venecia fuésemos a encontrarlo.

Uno de estos últimos días nos hablaba de que ahora, al inicio de septiembre, hay unas famosas regatas en Venecia y nos invitaba a que fuésemos allá con él. Sin embargo ya no volverá a Venecia, al menos como cardenal. Cuando vuelva será ya el Papa Juan Pablo I.

Tuvo mal de muelas unos días hasta que fue al dentista a sacarse la muela. Luego, yo le llevé para cenar un tazón de café con leche y unas galletas. Tomó

sólo el café con leche. Luego pasaba por su habitación a preguntarle qué tal iba el dolor. Era gracioso verle, sobre todo el primer día, paseando por el corredor con una mano puesta en el carrillo y la otra con el rosario. Daba pena verlo y, al mismo tiempo, se sentía una gran admiración porque parecía que transparentaba un algo especial, que sólo quien está muy cerca de Dios posee...

Cuando empezábamos a comer yo le decía: “¿*Sopa o espaguetti?*”. Y él escogía. Alguna vez resultaba que la sopa se había quedado en la cocina. Cuando veía que yo me marchaba de prisa decía: “¡*No. No! ¡Que como esto!*”. Pues no quería molestar a nadie y no quería que le hiciesen nada especial. Sino que comía a la mesa con nosotros y no quería ningún tratamiento especial.

Algún día sucedió que le faltaba la cuchara para comer la sopa, pues no penséis que me la pidió. Cuando me di cuenta ya se había levantado él a cogerla. Gestos como éste y tantos otros hablan de su profunda humildad y del profundo respeto y amor que tenía hacia todos los que le rodeaban.

Es un hombre de una profunda piedad. Estos días, dado que somos pocos, me tocaba estar también a veces en la portería. Allí recibía también las telefonadas [llamadas telefónicas] o visitas que le llegaban y se las pasaba. Por las tardes, después de tomarse un poco de café o fruta, paseaba por aquí delante de la puerta de la casa con el breviario en mano a rezar. Incluso el día antes de la fiesta de S. Pío X –uno de sus predecesores en Venecia–, fue a visitar su tumba a S. Pedro y a rezarle al santo. Hoy día, también desde Venecia, ha pasado a ser uno de los sucesores de Pío X y del papa Juan, en la cátedra de Pedro de Roma.

En esta ocasión, como en otras, iba vestido con la simple sotana, sin ninguna cruz o fajín rojo. Solamente alguien que lo conociese bien podía reconocerlo. No le gustaba llamar la atención y no deseaba la publicidad. Amaba estar en la oscuridad y pasar desapercibido. Pero el tesoro no ha podido estar escondido. El Espíritu Santo ha obrado y los cardenales han reconocido que ésta es la persona que hoy necesita la Iglesia, un hombre santo, un hombre de Dios, bueno, sencillo, humilde, pacífico, amante de Cristo y del evangelio y que guíe a la Iglesia hacia una mayor fidelidad evangélica.

Éste es el hombre que yo he conocido. Éste es el hombre con el que he convivido codo a codo los últimos 15 días. Es el Santo Padre que hoy lleva el nombre de Juan Pablo I. Nunca como hoy han tenido para mí tanto significado estas dos palabras “Padre” y “Santo”. Creo que ambas se le pueden aplicar perfectamente y en él se cumplen plenamente. Antes de ayer él estaba aquí entre nosotros. Hoy está ya al otro lado de la Plaza, en los apartamentos pontificios.

Os escribo todas estas cosas para comunicar mi alegría con vosotros, para compartir una de las experiencias más inolvidables e importantes de mi vida, para que por medio de ello, también todos vosotros améis al papa Juan Pa-

blo I, como a un Padre y Pastor y para que, sobre todo, recéis por él todos los días. Él necesita de todas nuestras oraciones, pues él, por sí mismo, es consciente, que no podrá. Sin la gracia de Dios no será posible.

Creo que habréis tenido oportunidad de oírlo hablar hoy, el primer domingo que ha hablado durante el Angelus. La Plaza de S. Pedro estaba llenísima. Era algo extraordinario. Yo –junto con otros compañeros– he seguido el pequeño discurso desde la terraza nuestra, desde donde se veía mejor. Habréis podido admirar sus gestos de amabilidad y apertura, su sonrisa contagiosa, su bondad transparente. Palabras sencillas, palabras humanas, palabras que todo el mundo entiende y que la gente ha aplaudido grandemente.

Con esta máquina con la que os escribo han sido escritas las últimas cartas que llevan la firma de Albino Luciani, Patriarca de Venecia. El Cardenal escribía a mano y luego se lo daba a Diego, su secretario, que las pasaba a máquina con esta misma máquina de escribir.

Como podéis comprender, yo me encuentro tremendamente feliz, el hombre más feliz del mundo. Más incluso que el papa Juan Pablo I. Digo esto porque hoy, a comida, me contaba el Cardenal australiano en inglés que, después de ser elegido papa, cuando fueron pasando uno por uno los cardenales para saludarle, cuando llegó él, el Papa le dijo: “*I dont speak English. I know only to say ¿How are you?*” Que quiere decir: “*Yo no hablo inglés. Yo sólo sé decir: ¿Cómo está usted?*” A lo que el australiano respondió: “*Muy bien*”. Y luego le preguntó: “*¿Y usted?*” Y el Papa respondió: “*No muy bien*.” Lo comprendo, pues él ha aceptado esto como una cruz, por eso pide las oraciones de todos.

Deseo que los niños estén bien, que tío Ángel y tía Asunción se encuentren en perfecta salud. Estoy seguro que tío Ángel va a gozar mucho con estas historias de su ahijado. Espero que lo de la columna de madre vaya bien, que no tenga dolores de cabeza y que ande bien la vista y que a padre le comiencen a hacer efecto los baños. ¿Qué saben de los de Canarias?

Muchos besos y abrazos a todos

Blas

## 2. CARTA ESCRITA AL PAPA JUAN PABLO I<sup>15</sup>

Roma 28 de agosto 1978

Su Santidad Juan Pablo I  
Ciudad del Vaticano

Querido Santo Padre Sonriente:

Perdonadme si tengo la osadía de escribirle una carta comenzando de un modo tan poco “respetuoso”. Me ha animado a ello el tener presente vuestra obra “*Illustrísimos*”<sup>16</sup> y la sencillez con la que usted mismo escribía: *Querido Jesús: ... escribo temblando, en la condición de un pobre sordomudo*”.

También yo, hoy, fiesta de S. Agustín, me siento un poco así. Es más, me parece ser como un niño que no sabe escribir bien el italiano, como podéis ver. Pero yo sé que, aunque habéis sido llamado por Dios a desarrollar una misión tan alta, os gustaba, como a Jesús, entreteneros a hablar y a escuchar a los niños y a los grandes, al campesino y al pastor, al ama de casa y al albañil, al barbero y a las personas que encontrabais en el “vaporetto”<sup>17</sup>, en vuestra querida Venecia.

Pensaba que –cuando estabais aquí en el Colegio Santa Mónica–, aunque estuvieseis rezando el breviario o el rosario, cuando nos encontrábamos en los pasillos, no considerabais una “ofensa” a Dios, el pararos un momento para saludarme. Para usted también eso era un diálogo con Dios. Era como afirmar con hechos que no puede existir división entre el amor de Dios y el amor del hombre.

No quiero entreteneros mucho. De ahora en adelante vuestras responsabilidades se han multiplicado. Tenéis que recibir a tantos “*Illustrísimos*”: presidentes, cardenales, primeros ministros, embajadores... Os esperarán sobre la mesa para leer multitud de documentos. Habrá también que preparar los discursos de las audiencias y los mensajes... Y, sobre todo, necesitáis vuestro tiempo para orar al Buen Dios –que os ha llamado a ser Padre y Pastor–, para que Él os ilumine y dé fuerzas para llevar a término la difícil misión que os ha encomendado.

---

<sup>15</sup> Transcribimos la traducción en castellano de esta carta dirigida al Papa Juan Pablo I que fue escrita originalmente en italiano. Esta carta nunca fue enviada. Podía haberlo hecho a través de su secretario, D. Diego Lorenzi, que nos visitó ese mismo día S. Agustín por la tarde. Pero, tras escribirla, pensé que el Papa tenía muchísimas otras cosas a qué dedicar su tiempo y me limité, sencillamente, a mandarle un saludo por medio de D. Diego.

<sup>16</sup> LUCIANI, *Illustrissimi*, Padova 1976.

<sup>17</sup> En Venecia en lugar de tranvías el transporte público de las personas por los canales y por las islas de la laguna se hace en estas embarcaciones conocidas popularmente como “vaporetto”.

Tenéis también, claro, que descansar. Desgraciadamente el día –tanto para usted como para mí–, tiene 24 horas. Se puede decir que esto es también una gracia del Buen Dios que nos pide que le dejemos a ÉL, al final del día todos nuestros problemas, porque, en definitiva, “*están en buenas manos.*” Es precisamente lo que usted me decía a mí mientras –bajando por la escalera de Santa Mónica–, nos dirigíamos a comer el día del cónclave y yo insistía en mi idea de que os iban a elegir como Papa. Vuestra respuesta fue: “*Yo trataré de hacer lo que pueda. Después el Señor será quien se ocupe.*”

Doy gracias a Dios porque me ha hecho el gran regalo de su amor, de sus enseñanzas y de su testimonio.

Le doy gracias a usted porque me ha enseñado –siguiendo a San Agustín–, que el sacerdote “*para ser orador es necesario que antes sea orante*”; que el teólogo (también yo ahora como usted durante años, soy profesor de teología) “*para hablar de Dios es necesario que sepa antes hablar con Dios*”.

Le doy gracias porque habéis querido compartir conmigo y con los seminaristas vuestra vida interior, vuestra experiencia de Dios.

Le doy gracias por su testimonio de humildad, de sencillez, de alegría, de mansedumbre, de amor de Dios, de espíritu de oración.

Permitidme compartir con usted un texto de Simone Weil que escribía: “*La vocación propia del hombre es la de caminar sobre los lagos*” (*Cahiers*, II, p. 54). Este pensamiento puesto en relación con Pedro caminando sobre las aguas del lago hacia el Jesús que le llama, es la imagen de nuestra vida. Pero, de modo particular, pienso que es la imagen de su vocación como Papa, sucesor de Pedro. Rezaré para que el Señor no permita que nunca se hunda, aun en medio de las peores tormentas.

Concluyo deseando que su misión como Pastor de la Iglesia pueda ser una “*Blanca Luz*” que lleve a Cristo a los hombres de hoy.

Un abrazo en comunión de oraciones

Blas Sierra de la Calle, OSA.

### 3. ARTÍCULO PUBLICADO EN EL PERIÓDICO VATICANO *L'OSSERVATORE ROMANO* A LA MUERTE DEL PAPA JUAN PABLO I

#### SU MUERTE NOS DA NUEVA VIDA<sup>18</sup>

La Historia de la Salvación es historia de la revelación del Rostro de Dios, que sale siempre a nuestro encuentro, en cada cosa, en cada lugar, en cada persona. Existen momentos en los cuales Dios hace resplandecer su Rostro con más intensidad para atraer hacia sí a aquellos que caminan errantes. Albino Luciani, Juan Pablo I, ha sido para nosotros, para toda la Iglesia esta “*Blanca Luz*” que nos ha revelado el rostro del Padre bueno y sonriente. Ha sido un paso de Dios en medio de nosotros.

Después del mes que él pasó con nosotros –el año pasado durante el Sínodo–, en el Colegio Agustiniiano de Sta. Mónica, este año, a la espera del Cónclave, ha querido de nuevo vivir con nosotros en la simplicidad fraterna. Se había convertido en una persona “*de casa*”, como un querido amigo, como un padre con quien hablábamos con confianza.

Desde el primer momento del “*Nuncio vobis gaudium magnum*” lo hemos sentido como “*nuestro Papa*”. Nos ha ayudado a comprender más profundamente lo que significa la expresión “*Santo Padre*”. Su vida interior, su comunión con Dios, su santidad, resplandecían en su rostro sonriente. Su amor paterno y solícito con cada uno nos ha hecho sentir como que fuéramos sus familiares.

Su muerte, es por eso, para nosotros, la muerte de nuestro Padre. Es una muerte que nos deja sin palabras, pero, al mismo tiempo, nos da la certeza que continúa viviendo más intensamente dentro de nosotros. Es el misterio de Cristo muerto y resucitado que se repite. Su muerte nos da nueva vida.

Los lugares donde él ha vivido, los días que hemos pasado juntos, el gran don de su amor, de sus enseñanzas y de su testimonio hablan más fuertemente y son un tesoro inestimable.

Su vida era una oración. Lo veíamos rezar antes de la celebración de la Santa Misa, en la acción de gracias, en la recitación del Breviario o del Rosario, ya fuese por el pasillo o al aire libre paseando por el jardín. De ahí brotaba su serenidad y su alegría. Durante un encuentro nos dijo citando a San Agustín: “*Para ser oradores es necesario ser antes orantes*” que él traducía: “*Para hablar de Dios es necesario hablar antes con Dios*”.

---

<sup>18</sup> Se transcribe a continuación la traducción española de un artículo titulado *La sua morte ci ridà nuova vita* que fue publicado en el periódico vaticano *L'Osservatore Romano* después de la muerte de Juan Pablo I, a principios de octubre de 1978.

Este diálogo constante con Dios resplandecía en su obrar como “*hombre de Dios*”, como “*hombre de fe*”, consciente que la vida del hombre es caminar sobre las aguas, como Pedro hacia Cristo, donde el miedo es sustituido por la confianza y la esperanza, con la seguridad de no estar solos. Lección de oración, y también de fe y esperanza que nos abren al amor.

El Amor a Dios y el amor al prójimo eran inseparables en su vida. De hecho, no consideraba “*irreverente*” mientras rezaba entretenerse a hablar con el anciano hermano de noventa y un años, o con el jardinero, o con el joven estudiante que se encontraba en el pasillo. Todo era cumplido en el amor de Dios.

Nos ha dejado también como tesoro su testimonio de humildad. Nos contó cómo la vigilia de su consagración episcopal, en un encuentro que tuvo con Juan XXIII, el Papa se sentó a su lado y le dijo: “*Sé que tú eres profesor y a veces los profesores tienden a enorgullecerse*”. Y golpeando la mano sobre la pierna –precisamente así subrayaba el Cardenal–, dijo: “*Humildad. Humildad*”. Con la simplicidad que caracterizaba al Papa Juan XXIII, continuó narrando el Patriarca, sacó del bolsillo el libro “*La Imitación de Cristo*” y me leyó las cuatro reglas para adquirir la paz: “*Obra con el fin de que su voluntad se cumpla en ti como tuya; Escoge tener menos que más; Busca siempre los lugares inferiores y las cosas pequeñas; Escoge para que ahora y siempre la voluntad de Dios se cumpla en ti totalmente*” (IV, 23). Estas palabras él las hizo realidad en la vida de cada día.

Blas Sierra, OSA.

Hasta aquí lo publicado en *L'Osservatore Romano*. El artículo era algo más largo. Creemos que por motivo de espacio, al componer la página, suprimieron la conclusión que era la siguiente:

“Dios lo ha llamado a Sí y con la prontitud de quien ama, ha respondido.

Para nosotros, hoy, en medio del dolor, se abre una esperanza. En el cielo se ha encendido una estrella: “*Albino Luciani*”, “*Blanca Luz*”. Desde la gloria de Dios él continúa sonriéndonos.